

La complejidad DEL CASTIGO

Una de las grandes preocupaciones de los padres y madres de familia es la de cómo corregir a nuestros hijos cuando consideramos que han obrado mal.

Evidentemente, en los primeros meses de vida poca corrección cabe a los bebés puesto que no existe error o tropiezo por su parte. Apenas han comenzado su vida y todavía no han desarrollado la facultad de hacer un mal uso de su libertad. ¿Cuándo, entonces, procede esa primera reprensión? Los que somos padres sabemos perfectamente que hay un momento en que el niño aprende a llorar no porque le duela algo o porque sienta hambre o sueño, sino que utiliza su llanto para doblegar la voluntad de sus padres.

Llegados a este punto, cuando el niño inicia una cierta autonomía en sus acciones, comienza una aventura que no termina nunca. Sobre todo, los que tenemos muchos hijos, ocupamos la mayor parte del tiempo corrigiendo a uno y reprendiendo a otro. Y así todas las horas del día y todos los días del año.

Por eso, puesto que es una tarea con la que convivimos permanentemente, resulta necesario tener ciertos patrones seguros si no queremos volvernos locos o vivir permanentemente entre la impotencia a veces y el sentimiento de culpabilidad casi siempre.

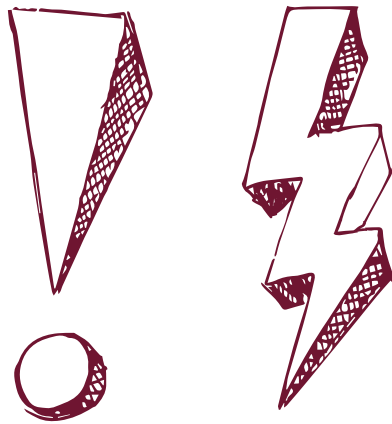
No soy pedagogo ni pretendo con estas líneas exponer recetas mágicas que, aplicándolas, solucionen los quebraderos de cabeza que habitualmente asaltan a los padres cuando se trata de reprender a sus hijos. Solo apporto mi experiencia en la crianza de nueve. Convivir en casa con niños y jóvenes de edades tan diversas me permite distinguir lo que funciona con unos y lo que resulta con otros. Por otro lado, haberme equivocado tantas veces y haber acertado muchas menos me ofrece una perspectiva nítida de este horizonte tan espinoso.

LOS PADRES SUFRIMOS ANGUSTIA PORQUE NO TENEMOS UN CRITERIO FIRME SOBRE CÓMO ACTUAR ANTE UN DESPLANTE O UNA INCORRECCIÓN DE LOS HIJOS.

Antes que nada, aunque resulte obvio, puedo afirmar que la violencia aplicada como castigo ante actos graves de nuestros hijos no sirve para nada. O mejor, solo sirve para despertar un sentimiento de culpabilidad y desesperación en nosotros y una tristeza inmensa por el mal infligido a nuestros pequeños. No obstante, entiendo a los padres que ocasionalmente pierden los papeles y se exceden en la corrección. Porque nosotros también nos hemos sobrepasado en alguna situación. Los llantos prolongados de un bebé, las famosas “perrras” de los niños o los berrinches acompañados de llantos y gritos, pueden crisspar al más pausado de los hombres y conducirlo a comportamientos de los que luego tal vez se arrepienta.

Por otra parte, me asombran aquellos que se rasgan las vestiduras frente a los padres que corrigen con severidad y que, sin embargo, se muestran comprensivos con quienes se deshacen de sus hijos en el vientre materno. Podremos discutir la oportunidad de ciertos comportamientos, pero entre uno y otro acto media un abismo de inmoralidad.

En cualquier caso, con los bebés no existe más táctica que el estoicismo y la confianza en que el paso del tiempo irá moderando las actitudes y las conductas de nuestros hijos.



Cuando los niños crecen, en las primeras etapas infantiles o preadolescentes, la estrategia que mejor nos ha funcionado para corregir a nuestros hijos es la que se conoce como “tiempo fuera” que, en nuestra versión doméstica consiste en que, mientras el menor no desiste de su comportamiento o pide perdón sinceramente por sus actos, es tratado de forma invisible por todos los presentes; al transgresor, ni se la habla, ni se le mira, ni se le toca.

Cuando llega la adolescencia, este tipo de tácticas resultan ineficaces. A estas edades, a los muchachos, al menos así les gusta aparentarlo, no les afecta que no les hables o les mires. Son egocéntricos y pragmáticos y, mientras su hábitat no sea amenazado, no les importa demasiado lo que suceda alrededor.

Por eso, no queda otra alternativa que importunar su ecosistema y recordarles de quiénes han recibido los dispositivos y accesorios que conforman su paisaje. Me refiero a los teléfonos móviles, ordenadores personales, tablets, colonias y perfumes, pinturas y ropa de vestir. En ocasiones, cuando el desafío a los padres ha sido de un calibre importante, hemos tenido que confiscar algunos o todos estos artilugios mientras ha durado el desafío. No hace falta alterarse para proceder al rescate de estos bienes. Es suficiente recordar a los muchachos que la habitación donde estudian y duermen pertenece a la casa que han comprado sus padres y que el móvil, los perfumes, las pinturas o hasta la ropa fueron comprados con nuestro dinero. Por tanto, nos pertenecen de pleno derecho.

Como ocurría cuando eran pequeños, también los jóvenes necesitan un altavoz que les despierte de su sordera, que les haga reflexionar y, de este modo, entrar en sí mismos y reconocer sus errores. Cuando esto sucede y piden perdón, se puede restituir aquello que hubiera sido incautado.

En definitiva, los padres sufrimos angustia porque no tenemos un criterio firme sobre cómo actuar ante un desplante o una incorrección de los hijos mayores. Ante acciones graves solemos asumir los hechos como algo personal e intentamos idear acciones expeditivas que corrijan los desmanes cuanto antes. Y así, recurrimos inicialmente a los gritos, a las amenazas o a las intimidaciones. Y, cuando vemos que no resultan, nos planteamos si tal vez lo que procede es aplicar más bien el cariño y la comprensión. Cuando tampoco así vemos cambio alguno, recurrimos de nuevo a los chillidos y las coacciones. Y así, vamos cambiando de estrategia hasta llegar a desesperarnos.

No es un tema fácil, es cierto. En nuestro caso, hemos pedido consejo en numerosas ocasiones y hemos recibido ayudas y recomendaciones muy valiosas. Una de ellas se ha convertido en una regla de oro que aplicamos en nuestra casa y que consideramos, tal vez, la más importante. Cuando un hijo merece un castigo y obtiene un beso de nosotros no lo estamos queriendo bien; más bien, lo confundimos y lo empujamos a la locura.

Afirma el libro de los Proverbios “Quien escatima la vara, odia a su hijo, quien le tiene amor, le castiga.” (Prov. 13,24). O, dicho de otro modo, no hay peor castigo para un hijo que nunca haber sido castigado por sus padres.

Raúl GAVÍN

Estas son mis experiencias, de un padre como otros muchos padres. Cuéntame también tus experiencias, tus inquietudes, tus dudas en esta tarea que tenemos por delante y así podremos, a través de estas páginas, hablar de ellas.

Escríbeme a gavinraul@gmail.com